www.puntodelectura.com

César Millán
con Melissa Jo Peltier

El líder de la manada

Adiestra a tu perro
Renueva tu vida

Traducción de Ana Isabel Robleda

punto de lectura

Título original: *Be the Pack Leader*
© 2007, César Millán y Melissa Jo Peltier
© De la edición original en inglés: 2007, Harmony Books, Random House
© Traducción: 2008, Ana Isabel Robleda
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2327-7
Depósito legal: B-4.070-2011
Impreso en España – Printed in Spain

© Diseño de cubierta: El Orfanato (www.elorfanato.com)

Primera edición: marzo 2011

Impreso por blackprint
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Introducción

Este último año ha resultado apasionante y algo abrumador para mi familia, para las personas con las que trabajo y para mí. Hemos tenido que preparar programas de televisión, impartir seminarios y ayudar a más perros y, por tanto, a más gente. Todos nos hemos sentido muy dichosos, pero entre mi primer libro, *El encantador de perros,* y este otro, mis compañeros caninos me han enseñado lecciones nuevas sobre su comportamiento... y sobre el de los humanos. A lo largo del pasado año he vivido muchos casos nuevos para mí y he aprendido mucho de ellos. He dedicado más tiempo al estudio de los resultados de la investigación en los campos científicos y de conducta, y he unido mis fuerzas, además de estudiar sus técnicas, con aquellos que prefieren aplicar otros métodos para ayudar a los perros. Todo esto ha profundizado y ampliado mi perspectiva. También he tomado muy en cuenta algunas de las críticas que recibí del último libro. Algunos lectores querían que reprodujera más estudios de casos; otros querían una instrucción más detallada y práctica. El último de esos requerimientos es más difícil de satisfacer, ya que *yo no soy un adiestrador de perros*. Para enseñar a un perro a sentarse, a estarse quieto o a tumbarse panza arriba existen unos pasos detallados y específicos que seguir. Para rehabilitar a un animal desequilibrado yo trabajo cada caso desde lo que me dicta el instinto cuando tengo al perro ante mí, y mi fórmula básica de ejercicio, disciplina y afecto, siempre en ese orden, sigue siendo la columna vertebral de mis métodos. Dicho esto, a lo largo de

este libro iremos proporcionando consejos fáciles de recordar y prácticos, y hemos añadido una sección de búsqueda rápida al final de libro con sugerencias paso a paso para situaciones muy específicas.

Asimismo hemos incluido algunas historias increíbles en las que hemos alcanzado el objetivo pretendido, a muchas de las cuales no había tenido acceso hasta que mi programa se hizo más conocido. Cada mes recibimos literalmente miles de cartas y las historias que nos cuentan en ellas son asombrosas, por lo cual doy gracias de que nuestro trabajo sea accesible ahora a tanta gente. De estas cartas surgió la promesa que es el subtítulo del libro: Utiliza el método de César Millán y cambia tu vida y la de tu perro. De hecho, mucha gente que empezó a utilizar el poder de la energía serena y firme para mejorar la relación con sus perros nos ha comentado que también sus relaciones humanas —tanto con sus hijos, sus jefes o sus parejas— han mejorado.

El objetivo de este libro es ayudarte a mejorar los lazos de unión entre tu perro y tú, pero también espero que te muestre lo cercanos que estamos los humanos y los perros y lo mucho que nuestros canes tienen que enseñarnos. La idea del «poder de la manada» no es algo que sólo se aplique a los perros, sino que puede aplicarse a otras manadas de animales cuyos destinos han interactuado con los de los perros desde hace decenas de miles de años. Y esa especie es la nuestra, el *Homo sapiens*.

«Ésta es la ley de la jungla, tan antigua
e indiscutible como el cielo;
y el lobo que la respete podrá prosperar,
pero el lobo que la viole deberá morir.
Como la planta trepadora se enrosca por todo
el tronco del árbol, la ley lo abarca todo.
Porque la fuerza de la manada es el lobo,
y la fuerza del lobo es la manada».

RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

Espejito, espejito...

«Con dinero podrás comprarte un buen perro, pero no comprarás con él el meneo de su rabo».

JOSH BILLINGS

Koyaanisqatsi es el término que los indios hopi emplean para referirse, poco más o menos, a una «vida desequilibrada». Lo aprendí en 1982 viendo una película documental dirigida por Godfrey Reggio en la que se mostraba, sólo con impactantes imágenes y la compañía de la música de Philip Glass, el impacto de los humanos y su tecnología en el planeta. De él se deduce, por supuesto, que el crecimiento de la tecnología ha descentrado la vida sobre la Tierra.

No os asustéis: este libro no trata sobre los problemas medioambientales, sino sobre la interrelación entre los perros y las personas. Pero el término *Koyaanisqatsi* tiene una sonoridad especial para mí, porque en cierto modo este libro trata de cómo los humanos vivimos instalados en el desequilibrio. Estamos perdiendo paulatinamente nuestro lado instintivo, que es el que nos hace primero animales y después, humanos.

Y el instinto es igual al sentido común.

Creo que un ser humano saludable debe estar equilibrado en cuatro áreas básicas de su vida: primero, el área intelectual. Es la parte de

nuestra naturaleza que la mayoría de occidentales tenemos más controlada. Somos verdaderos maestros en el razonamiento y la lógica. El estilo de vida de la mayor parte de la gente es muy intelectual: nos comunicamos los unos con los otros exclusivamente a través del lenguaje, enviamos por Internet y por móvil mensajes construidos con palabras. Leemos. Vemos la televisión. Recibimos mucha educación y más información que nunca, lo cual nos permite a algunos vivir al cien por cien encerrados en nuestra mente. Nos agobiamos por el pasado y fantaseamos con el futuro, y en demasiadas ocasiones nos volvemos tan dependientes de nuestro lado intelectual que olvidamos que hay mucho, pero mucho más en este increíble mundo en el que vivimos.

La segunda posición la ocupa el aspecto emocional. Pasé mi infancia en México y allí me enseñaron que sólo las mujeres podían tener emociones. Allí son ellas quienes soportan toda la carga emocional, al igual que en muchos otros países del Tercer Mundo. Mi padre me enseñó que llorar era ser débil, ser una nenaza. A los hombres de mi cultura se les condiciona desde edades muy tempranas para que supriman sus sentimientos y los oculten detrás de una cortina de bravuconería, de tal modo que al poco nos encontramos tan distanciados de nuestras emociones que ni siquiera las reconocemos cuando aparecen. Cuando llegué a Estados Unidos, me di cuenta de que, si lo comparaba con lo que había conocido en México, todo el mundo parecía disfrutar de la libertad necesaria para mostrar sus emociones; incluso los hombres. Oí cómo el doctor Phil les decía a los hombres que estaba bien llorar, e incluso les pedía que hablasen de lo que sentían. «¿Qué? —me pregunté—. ¿Cómo es posible que sepan lo que están sintiendo?». Así de equivocado estaba yo en lo referente a las emociones. Cuando me casé, tuve que aprender a comunicarme, a utilizar mi lado emocional. Hasta que no fuera capaz de acceder a mis emociones, no podría sentirme equilibrado. Estoy convencido de que países como México nunca

podrán llegar a ser sociedades saludables a menos que comprendan la importancia de las emociones, y aprendan a valorar a las mujeres y a los niños, en quienes reside actualmente la mayor parte de la fuerza emocional del mundo.

Otra parte del ser humano es su lado espiritual. Qué duda cabe que muchos de nosotros satisfacemos nuestras necesidades espirituales, bien al acudir a una iglesia, una sinagoga, una mezquita o un templo, o bien desarrollando otras formas de meditación y adoración. Todo ello suele proporcionarnos un apacible respiro en el que podemos sintonizar con un nivel de nosotros mismos más profundo que el que se levanta cada día, lee el periódico y acude al trabajo. Pero la satisfacción espiritual no tiene por qué significar creencia religiosa o desconfianza hacia la ciencia. En palabras del fallecido Carl Sagan: «La ciencia no es sólo compatible con la espiritualidad, sino que es una profunda fuente que alimenta esa espiritualidad». La espiritualidad adquiere muchas formas, pero en cualquiera de ellas resulta ser una parte profundamente enraizada en el ser humano, que ha existido desde el albor de la civilización. Tanto si creemos en una fuerza invisible y omnisciente, en el milagro de la ciencia y el universo, o simplemente en la belleza del espíritu humano, casi todos nosotros sentiremos un anhelo interior de formar parte de algo superior a nosotros mismos.

Por último, nos queda el lado instintivo de nuestra naturaleza. Dejarse guiar por el instinto significa mantener la mente despejada, abierta y receptiva a las señales que constantemente nos envían las demás personas, otros animales y nuestro entorno. Significa comprender nuestra conexión con el yo natural y el mundo natural, y reconocer nuestra interdependencia de ese mundo. Pasé gran parte de mi niñez en un entorno rural del Tercer Mundo donde teníamos que estar en sintonía con la Madre Naturaleza para poder sobrevivir. Cuando mi familia se trasladó a la ciudad, empecé a sentir que se erigía una barrera entre mi yo instintivo y mi

yo civilizado, entre el atavismo y la forma de vida civilizada que se suponía que debía llevar. Y cuando me trasladé a la zona urbana del sur de California, observé incluso una última capa más de racionalidad e intelectualidad que separaba todavía más a las personas de su lado instintivo.

Los humanos seguimos a nuestros líderes intelectuales, espirituales y emocionales, y como especie, somos la única que decide seguir a un líder totalmente desequilibrado e inestable. Por el contrario, los animales —yo soy de la creencia de que ellos también poseen un lado emocional y espiritual— sólo seguirán a sus líderes instintivos, y estoy convencido de que es la falta de conexión con nuestro lado instintivo lo que nos impide ser un adecuado líder de la manada a ojos de nuestros perros. Quizás sea también la razón de que nos estemos mostrando incapaces de ser buenos guardianes de nuestro planeta.

Sin contacto con nuestro lado instintivo quedamos peligrosamente desequilibrados. La mayoría de nosotros ni siquiera nos damos cuenta, pero creedme: nuestros perros, sí. No podríamos engañarlos aunque lo intentásemos. Y en todos los casos de comportamientos inestables en los que he tenido que intervenir, me he dado cuenta de que se trataba de señales de alarma que intentan avisarnos de que hemos de volver a recuperar nuestro lado instintivo para conseguir de nuevo el equilibrio, que proviene de tener los cuatro elementos —intelectual, emocional, espiritual e instintivo— en sintonía. Sólo con este equilibrio seremos capaces de ser criaturas completas de la Madre Naturaleza.

La buena noticia es que nuestro yo instintivo permanece en nuestro interior sólo a la espera de ser redescubierto. Y nuestros mejores amigos y compañeros, es decir, nuestros perros pueden ser la guía del despertar de nuestra naturaleza instintiva. En este libro os invito a aprender esta lección de vuestro perro. Ellos son nuestro espejo, pero ¿nos atreveremos a mirarles de verdad a los ojos y a ver en ellos nuestro reflejo?

El Magnate

Estaba en la ciudad de Nueva York con mi esposa y mis hijos para asistir a la fiesta por el quinto aniversario del canal de televisión de National Geographic cuando recibí la llamada de una antigua clienta. Le había hablado de mí a un amigo, al parecer un hombre muy poderoso dedicado a las finanzas*. Quería que lo atendiera inmediatamente porque, en palabras suyas: «Mis perros están a punto de matarse el uno al otro». Cuando me dijo la cantidad de dinero que estaba dispuesto a pagarme, creí desfallecer. Aunque desde luego semejante cantidad era muy tentadora, no fue lo que me empujó a acudir, sino más bien la curiosidad. ¿Qué clase de magnate estaba dispuesto a poner en manos de un «experto en comportamiento canino» tal cantidad de dinero sólo para ayudar a esos dos animales? ¿Y cómo un hombre que obviamente era un líder natural de la manada en su propia vida había permitido que sus perros estuvieran fuera de control?

Cuando llegué a su casa, me dejaron boquiabiertos los altos techos, los suelos de mármol y las obras de arte de incalculable valor que había por todas partes. Nunca había visto un lugar así, pero mi instinto no tardó en percibir una gran cantidad de energía en desequilibrio.

La doncella que me abrió la puerta y se hizo cargo de mi abrigo parecía amedrentada y nerviosa, como si temiera hacer algo mal. Y cuando el cliente en persona vino a presentarse, me di cuenta de que el lenguaje corporal de la joven mermó aún más. (El lenguaje corporal, independientemente de cuál sea la especie que analicemos, es el lenguaje secreto de la Madre Naturaleza). Cuando el dueño de la casa se dirigió a mí, me di cuenta claramente de que me consideraba, también a mí, como una especie de sirviente.

---

* Los nombres y algunos detalles más de este caso han sido cambiados.

Lo miré e interpuse cierta distancia, que es lo que hago siempre que me enfrento a un posible cliente, es decir, observando su nivel de energía y su lenguaje corporal, y analizando si encajaban o no con sus palabras. El tipo no era muy alto pero se movía con distinción, y la edad sólo se le veía en que el pelo se le había vuelto ralo en lo alto de la cabeza. Lo más interesante de él eran sus ojos, increíblemente intensos, muestra de un intelecto apabullante, pero que mi mujer —tan observadora como siempre— describió después como «vidriados; unos ojos que al mismo tiempo que te miraban a ti, parecían estar calculando a la vez su próximo negocio. En realidad no estaba contigo, más bien intentaba descubrir si podía convertirte en un valor negociable».

Cada vez que me encuentro en una situación semejante a ésta, recuerdo que el fin de mi visita son los perros y no el cliente. También intento no olvidar que los perros no reconocen la riqueza, las obras de arte ni lo que nosotros llamamos «poder» en el mundo humano. Lo único que buscan los perros es equilibrio. Y para entonces yo ya me había dado cuenta de que aquella casa no era precisamente un lugar equilibrado, de modo que me limité a halagarla en su belleza y a preguntar a su dueño:

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre me dijo que sus perros se habían vuelto imposibles y que no podían estar en la misma habitación porque se atacaban con intención de acabar el uno con el otro. Inmediatamente le echó la culpa a su asistente, Mary, diciendo que ella había sido la causante por malcriar a los animales. Un nuevo síntoma que anotar en mi cuaderno: cada vez que un cliente culpa a otra persona de los problemas de su perro, siempre recuerdo el viejo dicho de que «cada vez que señalas a alguien con un dedo, hay tres dedos más que te apuntan a ti». Es revelador que alguien no quiera ser realista y no esté dispuesto a aceptar la responsabilidad de sus propios actos. Pero claro, antes tenía que conocer personalmente a los perros.

Willy y Kid son dos schnauzer miniatura de color gris, acostumbrados a vivir en el lujo más absoluto, cada uno en su propia habitación. Son unos perros preciosos y bien educados. En cuanto aparecían, su dueño, de aspecto tan amenazante antes, se transformaba en un blandengue total:

—¡Eh, Willy! ¡Hola, Kid!

Alzaba la voz y su rostro se relajaba. Incluso ese velo que tamizaba sus pupilas desaparecía.

—Tienes que curar a estos perros. ¡Son mi vida!

Y la desesperación que se palpaba en su tono de voz, antes tan áspero y plagado de él mismo, me hizo comprender lo mucho que significaban para él.

Mientras contemplaba todo esto, me preguntaba por qué un hombre que parecía no dedicar emoción alguna a los seres humanos que tenía a su alrededor habría invertido tanta en aquellos dos perritos. En fin..., lo primero era averiguar si aquellos dos canes podían estar juntos sin pelearse. ¡Por supuesto que sí! Primero establecí mi papel dominante con Willy en una habitación, y luego con Kid en otra. En unos minutos, creé una estrategia para que pudieran estar juntos dirigiendo el comportamiento del que poseía un mayor nivel de energía y agresividad en aquel momento, que resultó ser Kid; era el favorito de su dueño, quien había venido culpando a Willy de los problemas por ser el que menos tiempo llevaba en la casa, pero resultó que era Kid quien creaba la mayor parte de los conflictos. Y no es que fuese un perro dominante o agresivo por naturaleza; de hecho necesitó muy pocas correcciones por mi parte para comprender la nueva situación, es decir, que era yo quien ejercía el control y le decía «nada de peleas con tu hermano». De pronto, justo ante la mirada de su dueño, Willy y Kid se llevaban perfectamente. ¿Creéis que lo apreció? Desde luego al principio, no; no era su estilo. Estaba claro que para él, mostrarse amable con alguien era síntoma de debilidad.

—Usted lo ha conseguido, pero mi personal nunca podrá hacerlo. Si los ponen juntos, se matarán.

Por mucho que intentase decirle, explicarle o convencerle de que sus empleados podrían hacer perfectamente lo mismo que yo, seguía insistiendo sobre lo mismo. Seguía mostrando su miedo, pero con un cariz airado y acusador.

Durante aquella primera sesión, me di cuenta de que iba a ser prácticamente imposible conseguir llegar a él en aquel momento. Al fin y al cabo, y como la mayoría de mis clientes, me había contratado para que ayudase a sus perros y no a él, pero mientras que la mayor parte de mis clientes terminaban abriéndose y comprendiendo cómo su propio comportamiento se reflejaba en sus perros, estaba claro que don Importante estaba convencido de que él no necesitaba ayuda ninguna. Seguía culpando a su asistente, a su personal, prácticamente a todo Manhattan del problema. Mientras intentaba llegar hasta él, me di cuenta de que no me miraba a los ojos. Miraba el reloj, o a su alrededor, por toda la habitación. En el mundo animal, ese comportamiento se llama comportamiento evitativo. La naturaleza se enfrenta a las amenazas de cuatro modos distintos: con la lucha, la huida, la elusión y la sumisión. Yo estaba amenazando su visión del mundo, y él primero había luchado, luego había huido y después lo había evitado. Aquél no iba a ser el día en que el poderoso mago de las finanzas se enfrentara al hecho de que sus propios problemas se reflejaban en el comportamiento de sus perros.

Pero ese día no tardaría en llegar.

Perros bajo presión

Al igual que Willy y Kid, muchos perros viven bajo la presión de las elevadas expectativas de sus dueños.

—¿Presión? —me preguntan—. Pero ¡si trato a mis perros mejor que a mis hijos! A los perros les doy lo que quieren y cuando lo quieren. ¿Qué presión van a soportar por eso?

Pues voy a desvelaros algo: cada vez que humanizas a tus perros al pretender que ocupen el puesto de tu hijo ausente, tu pareja, tu amigo, o tu padre, estás proyectando sobre él unas expectativas ilusorias. Con ello lo despojas de su dignidad, de la dignidad que es ser un perro. Y un perro es parte de la Madre Naturaleza, lo que significa que el animal está preparado desde su nacimiento para esperar un cierto orden en su vida; para aceptar que ha de trabajar para ganarse la comida y el agua, y que ha de seguir las pautas de comportamiento que impone un sistema social ordenado y bajo la vigilancia de un líder de confianza. Si no le estás dando todo esto, estás proyectando en él todas las emociones, afectos e intimidad de las que careces en tus relaciones humanas, y estás siendo muy injusto con él... además de convertirte muy probablemente en la causa de su mal comportamiento.

¿Que de qué pruebas dispongo para afirmar que las sociedades occidentales estamos sometiendo a nuestros perros a grandes presiones a fin de que sirvan para llenar el vacío y el desequilibrio que existen en nuestras vidas? En primer lugar, tengo a mis clientes. En las páginas siguientes podréis leer el estudio de casos a los que me he enfrentado tanto en mi clínica como en la serie de televisión y que ilustran dramáticamente cómo las necesidades psicológicas de los dueños se proyectaban injustamente en sus perros. Pero hay más pruebas.

Tomemos por ejemplo la encuesta realizada a mil diecinueve dueños de perros realizada por la American Animal Hospital Association en 2004[1]. El estudio hacía esta pregunta: «Está usted confinado en una isla desierta. ¿A quién elegiría como acompañante? ¿A un ser humano o a un animal?». Piensa tu respuesta un momento. Se podía contestar con el nombre que se quisiera: Angelina Jolie, Brad Pitt, Jennifer López, Antonio Bande-

ras... Yo, a pesar de la devoción que me inspira mi Centro de Psicología Canina, elegiría a mi esposa Ilusión sin pensármelo dos veces.

Pero ¿cuál fue el resultado de la encuesta? Pues ¡que el 50 por ciento de ellos elegiría a su perro o a su gato!

La encuesta también arrojó el dato de que el 80 por ciento de los dueños de mascotas apuntaban la «compañía» como razón principal para tener un compañero animal, frente a otras razones como compañero de juegos para un niño, protección, cría con fines lucrativos y otras razones. El 72 por ciento señalaba la afectividad como el rasgo más atractivo de su mascota; el 79 por ciento hacía un regalo a su mascota tras haberse ido de vacaciones o por ser su aniversario; el 33 por ciento hablaba con sus mascotas por teléfono o a través del contestador y el 72 por ciento admitía firmar cartas o tarjetas con su propio nombre y el de su mascota.

Otra fascinante estadística: un estudio realizado en 2006 por investigadores geriátricos de la Universidad de Medicina de St. Louis arrojaba el resultado de que las personas mayores que vivían en residencias se sentían mucho menos solas cuando pasaban un rato con un perro que cuando recibían la visita de otras personas[2]. La parte buena de todo esto es que los animales eran capaces de aliviar su soledad. Y es cierto que los animales tienen esa capacidad; hablaré de ello más adelante en este libro. Pero la negativa es que un ser humano puede identificarse más con un animal que con otros miembros de su misma especie.

Quien vive en casa de cristal...

Hay un dicho popular que reza: «Quien vive en casa de cristal no debería tirar piedras». Bueno, pues ahora voy a revelar yo cuál es mi casa

de cristal. Es muy frágil, pero a través de la escuela de los duros reveses de la vida, he aprendido al fin que no es síntoma de debilidad admitir las propias debilidades.

Psicología canina básica

- Los perros se desenvuelven en el mundo primero mediante el olfato, luego mediante los ojos y, por último, mediante el oído. El olfato es su sentido más desarrollado. «Ver es creer» se traduciría para un perro en «oler es creer». Así que no te molestes en gritarle al perro; es la energía y el olor a lo que ellos prestan atención, y no a las palabras.
- Los perros se comunican entre ellos —y con otros animales— utilizando el olor, el lenguaje corporal y la energía. También se comunican contigo constantemente, aunque puede que no seamos conscientes de las señales que le envías. A un perro es *imposible* mentirle sobre tu estado de ánimo.
- Los perros tienen grabado el sentido de la manada. Si no eres un líder para él, tu perro intentará compensar esa carencia y mostrará un comportamiento dominante o inestable.
- Los perros nunca «piensan que son humanos», como les gusta creer a muchos de sus dueños. A ellos les basta y son tremendamente felices siendo sólo perros. Si le dices a los demás que tu perro se cree una persona, es muy probable que lo que en realidad sepa es que *él* es tu líder.

- En el mundo canino uno puede ser estable o inestable, líder o discípulo.
- El «objetivo» natural de un perro es sentirse en sintonía, vivir en armonía, sincronizado, equilibrado, de acuerdo con la Madre Naturaleza.
- Los perros viven el momento. No se dedican a recordar el pasado o a inquietarse por el futuro. Por tanto, pueden abandonar un comportamiento inestable muy rápidamente... si *nosotros* se lo permitimos.

Cuando llegué por primera vez a Estados Unidos, tuve la certeza de que mi relación con los perros sería más importante para mí que la relación con los humanos. En mi forma de pensar, las mujeres estaban para el placer y los hombres para relacionarme con ellos en el ámbito laboral. Nada más. ¿Para qué molestarse en trabar relación con los humanos teniendo a los perros?

Crecí en México. Mi familia pasaba temporadas en la granja de mi abuelo y temporadas en la bulliciosa ciudad de Mazatlán; allí mi padre se ganaba la vida y nosotros íbamos al colegio. Nunca me gustó la ciudad. Siempre preferí la vida más sencilla y natural de la granja. En la ciudad entre montones de gente, aprendí el modo de ganar estatus y poder —trabajo, dinero, categoría, sexo—, pero siempre con la sensación de que mi verdadero yo no encajaba en la ecuación. Mi afinidad con los perros era el centro de mi existencia, lo que me empujaba hacia la consecución de mi sueño, además de proporcionarme unos compañeros no humanos que satisfacían plenamente mi necesidad emocional de aceptación

y cariño. Entre los perros no era necesario preocuparse por la opinión que los demás pudieran tener sobre mí. Los perros me aceptaban como el líder de su manada sin cuestionarse nada y sin juzgarme.

Creo que seréis muchos los que podréis identificaros con lo que yo sentía por aquel entonces. Un perro no es crítico contigo y vive el momento, de modo que perdona los errores que puedas cometer. Es siempre leal y digno de confianza. Puesto que yo consideraba a la gente malediciente, intolerante y falsa, los perros eran para mí los mejores compañeros que con diferencia se podían tener.

Años más tarde mi esposa, Ilusión, me hizo ver que no se puede dar la espalda a toda la especie a la que perteneces por el mero hecho de haber tenido unos cuantos desengaños con algunos de sus miembros. ¿Qué otra especie del planeta haría algo así? ¡Ninguna! Además, existe un objetivo de rango más elevado: la unión íntima con la esposa, los hijos, los padres y los amigos. El disfrutar de esa conexión íntima con nuestra propia especie nos permitirá trasladarla a nuestra relación con otras. Tras años de trabajar y de sorprenderme con los perros, me di cuenta de que había una línea que separaba a la gente que amaba a los animales de aquellos cuyas copas estaban igualmente llenas con amor humano y animal, y aquellos cuyas copas albergaban más de lo uno que de lo otro. Sin Ilusión, ¿quién sabe qué camino habría escogido? Al fin y al cabo, los animales nos ofrecen amor incondicional, pero no satisfacen todas las necesidades de nuestra especie. Y lo que es aún más importante: que tu perro y tú os queráis incondicionalmente no significa que tu perro sea un animal sano y equilibrado.

El Magnate transformado

Obviamente mi amigo el Magnate era un ejemplo de primera magnitud de esa clase de personas cuyo recipiente emocional se desborda-

ba de amor hacia sus perros, pero lo tenía vacío de relaciones humanas. Cuando acabamos la primera sesión, seguía culpando a Mary, su asistente, por el comportamiento de sus perros.

El siguiente paso en mi relación con el Magnate era la segunda parte del proceso de rehabilitación de los perros: sociabilizarlos con otros canes en mi Centro de Psicología Canina de Los Ángeles. Lo creáis o no, el dueño metió por separado a cada uno de sus perros en su avión particular y atravesó el país hasta Los Ángeles acompañado de su asistente. Fijaos bien: ¡cuatro viajes de avión en los que sólo viajaba un perro y su asistente! Estamos hablando de un hombre que guardaba los billones con un celo enfermizo, de modo que imaginaos cuánto significaban para él sus perros, tanto psicológica como emocionalmente. Desgraciadamente en su vida personal había muy pocas personas con las que pudiese establecer semejante vínculo. Mientras trabajaba con sus animales en mi centro, una parte fundamental de mi cometido consistía en enseñar a Mary, su asistente, cómo llevar a los dos perros juntos y ser para ellos un líder sereno y firme. Si fracasaba y los perros se hacían daño, la culpa recaería en ella, y su jefe no sólo se enfadaría, sino que descargaría toda su frustración en ella y en el resto de su personal. Mientras trabajaba con los perros, tuve ocasión de entrevistarme con varios miembros de su personal y a todos ellos el Magnate les inspiraba verdadero pavor. Por supuesto todos eran adultos y podían elegir. Podrían haberse marchado cuando hubiesen querido. No tenían por qué seguir siendo víctimas. Pero gracias a mi trabajo con los perros y con la gente, sé que incluso la cantidad más pequeña de energía negativa puede tener un efecto dominó en cualquier comunidad, tanto si se trata de un aula, una empresa, un país o una manada de perros. Una energía extremadamente negativa, como la depresión, puede conseguir que tanto personas como animales se convenzan de estar indefensos o inmovilizados. Y desde luego, la energía negativa de aquel hombre era muy intensa. Su per-

sonal incluso había llegado a creer que las luces del ático parpadeaban cuando el amo estaba de camino a casa. Tanto si eran imaginaciones suyas como si no, no cabe la menor duda de que los controlaba a todos a través del miedo.

Willy y Kid aprendieron a ser perros otra vez gracias a la manada estable de perros que tengo en el centro. Aprendieron a acercarse a otros miembros de su especie de un modo educado, empleando primero la nariz para olfatearse el uno al otro y conocerse, y sin saltar inmediatamente a modo defensa o ataque. Aprendieron a caminar con la manada y a sentirse miembros de una familia. A jugar con otros de su especie y a respetar a todos los humanos como líderes de la manada. Pero por supuesto no eran los perros los únicos que necesitaban ser rehabilitados. Como suele ocurrir con mucha frecuencia, entre mis clientes, la raíz del problema eran los humanos, y puesto que aún no tenía acceso al Magnate, decidí intentar un cambio total en Mary. Se trataba de una mujer inteligente, eficaz y extremadamente apta. Podía hacer miles de cosas a la vez, pero con Willy y Kid había perdido toda su confianza. Le aterraba pensar que pudiera ocurrirles algo mientras estuvieran a su cuidado, porque su jefe la despediría. Mary y yo trabajamos juntos para potenciar su energía firme: mejoramos la respiración, la postura y buscamos el lugar mental al que pudiera evadirse cuando necesitase energía positiva y confianza. En el fondo era ya una líder innata, pero no lo sabía. Más adelante, su energía serena y firme le proporcionó una recompensa que jamás habría imaginado, pero cuando terminamos nuestro periodo de entrenamiento, se sentía perfectamente capaz de manejar a Willy y a Kid.

Había llegado el momento de volver a enfrentarme cara a cara con el Magnate en su mansión de Beverly Hills. Todo lo que había llegado a conocer de él a través de su personal me había reafirmado en mi decisión de hablarle del daño que el desequilibrio de su existencia le estaba haciendo a sus perros... y a todos los que tenía a su alrededor.